

útiles y el afán de saber, dominar y mejorar, probablemente se correlacionarían a pesar de las inconmensurables zancadas del tiempo.

Lo que decía Rensch de que en el futuro serán cada vez más raros los grandes universalistas, de los que tanto precisará la humanidad, es cierto, pero al menos ya existen conciencia definida y esbozos de correspondencias globales, intentos de suprajucios y explicaciones relativas al origen de los antagonismos pensantes, como hace tiempo en filosofía a partir del historicismo llevó a cabo Dilthey en sus visiones y teorías del mundo, dos ensayos de 1911 que tradujo con notas Julián Marías en 1944, y deberían ser de uso muy público o rutinario entre los trabajadores del intelecto y los ejercitantes de fórmulas de validez general.

Cuando Dilthey cumplió setenta años le fue ofrecido un homenaje y él respondió con un discurso de carácter poético-filosófico que reflejaba el contenido de un *sueño*: todos los filósofos, poetas e historiadores de distintas épocas juntos en una especie de templo de la sabiduría, se intercambiaban sus concepciones del mundo y de la vida, todas antagónicas y todas verdaderas, con el consiguiente trastorno del soñador: «Me sobrecogió una extraña angustia: la filosofía parecía existir tres veces o acaso más aún; la unidad de mi propio ser parecía desgarrarse, pues me sentía afanosamente atraído tan pronto a este grupo como a aquél y me esforzaba en afirmarlo». El filósofo busca un saber universalmente válido, sigue Dilthey, y una decisión sobre los enigmas de la vida, que son afines también a religiosos y poetas. La misión suprema de la filosofía es elevar el pensamiento objetivo de las ciencias empíricas y sus leyes a la conciencia de sí mismo, fundamentando el saber. La filosofía, para Dilthey, nuevamente vinculados arte, historia, religión, derecho, política, es la conciencia crítica y la energía organizadora «que abarca todo el pensamiento objetivo, todas las determinaciones de valor y fijaciones de finalidad». El potente conjunto que así se origina está destinado a guiar al género humano.

El parto del sentido y su práctica no tienen fin. Asumida la estrecha relación filosofía-ciencia, en la posibilidad del nuevo humanismo se invierte un poco el orden de prioridad tan vigorosamente manifestado por Dilthey y da cada vez más la impresión de que a la ciencia, que suministra nociones vírgenes sobre la composición real de las cosas, los secretos de la vida, el comportamiento de átomos, células, energía, tiempo, espacio (también realiza el sueño de los estoicos de poseer el control de la propia vida con el suicidio, sólo que es generosa y extiende este control a toda la humanidad), no le está vedada la filosofía y empieza a presidir otros planteamientos y fundamentaciones.

Lo que podría parecer herético no lo es tanto si viene corroborado por gente de peso. «La unidad de la filosofía y la ciencia —dice Habermas en

sus *Perfiles filosófico-políticos*— se ha vuelto problemática. La filosofía tuvo que abandonar frente a la física su pretensión de ser una ciencia de fundamentos tan pronto como quedó claro que sólo podía desarrollar y fundamentar una cosmología siguiendo los resultados de la investigación en las ciencias de la naturaleza y no en virtud de su propia competencia». Y Adorno pensó que la filosofía no debería creerse ya en posesión de lo absoluto. En palabras de Habermas, una filosofía que en el interior del sistema de la ciencia sepa guardar el sitio a estrategias teóricas de alto alcance, puede hacerse cargo de la siguiente misión: «la de flexibilizar a la modernidad cultural, encerrada ahora en sus ámbitos autónomos, para introducirla en la práctica de la vida, práctica que sin embargo ha de ser protegida frente a las pretensiones de los expertos de intervenir *sin mediación alguna*». También se lamentó de que el pensamiento filosófico, enfrentado a la consolidación de una conciencia tecnocrática y a la desintegración de la conciencia religiosa, se había mostrado incapaz, aun después de haber asumido los impulsos utópicos de la tradición judeo-cristiana, de «obviar (¿o de dominar?) por medio del consuelo y la esperanza el sinsentido fáctico de la contingencia de la muerte, del sufrimiento individual y de la pérdida privada de la felicidad y, en general, la negatividad de los riesgos que acechan a la existencia individual, con el mismo buen suceso con que lo hizo la esperanza religiosa en la salvación».

Popper, a quien se puede considerar uno de los grandes «neohumanistas», que estudió matemáticas, física, psicología, educación, historia de la música y filosofía y trabajó a la vez como ebanista y maestro (murió en 1994), tampoco creía en la infalibilidad de la ciencia, capaz de bombas nucleares y guerras bacteriológicas, pero vista como el resultado del esfuerzo humano, de la imaginación creadora y del pensamiento racional y crítico «me gustaría escribir Ciencia con la mayúscula más grande que pueda encontrarse en la caja alta del impresor». Entendía que la ciencia es el resultado directo del más humano de los esfuerzos humanos, el de liberarnos.

VI.

Liberarnos, palabra clave para volver a poner los pies sobre la tierra y el criterio en el corazón de la vida corriente. Liberarnos de los enigmas sutiles y constantes que propone la cotidianidad y de las ferocidades provocadas por la situación límite, ya sin etilismos verbales, en medio de genocidios, hambrunas, epidemias de nuevas pestes, efectos invernadero, basuras radiactivas, corrupciones financieras, terrorismo rojo y blanco,

pobreza en la sociedad del despilfarro y la abundancia, mientras algunas niñas se cogen de la mano y saltan al vacío, alguien también «hijo de Dios» pasa a cuchillo a toda su familia por virtud de un flujo mal orientado en el sistema límbico, sin perjuicio de que otras personas con fiebre de «paternidad» o cualquiera sabe de qué, no encuentran mejor solución para adoptar niño que matar a una madre gestante y abrirla en canal con unas tijeras para extraerle el feto, no sin asesinar de paso a otras cuantas gentes afines (prensa, 23-11-95, no es invención y, una de dos, o se trata de una incoherencia informativa o el conjunto de la sociedad y su psicopatología produce monstruos inenarrables y continuos).

Productividad de la situación límite, desmesura vesánica, sentimientos y actitudes que en la cotidianidad atenúan las leyes, el sentido común, la moral, la cultura, las coerciones del medio y la reciprocidad del juego social, pero sentimientos y actitudes que no dejan nunca de estar latentes y que en la gran evolución democrática sufren el asedio del orgullo, la vanidad, la hipocresía, el pragmatismo cínico, las competencias artificiales, los prejuicios, los placebos ilusorios, las pequeñas frustraciones, la voluntad de poder y la subrepticia moral —todavía— de amos y esclavos, de elegidos y marginados, de ricos y pobres.

¿Dónde se halla la negligencia madre, la transgresión insana, la culpa individual o colectiva? ¿Basta achacárselo todo al «sistema», a la naturaleza y condición humanas, a la fatalidad, a los determinismos evolutivos o, como pensaba Rousseau, a la civilización que ha corrompido el feliz y libre «estado de naturaleza»? Cuando Rousseau deplora la evolución del hombre hacia el sentido de la propiedad y las leyes, causa paradójica de la desigualdad, y canta las virtudes del «buen salvaje» no tuvo en cuenta que ese buen salvaje de su añoranza también era el producto de la misma evolución, la cual, sencillamente, no se detiene cuando se quiere y obedece a una ley superior cuyo sentido no es evidente.

Pero salvo catástrofes naturales y algunos imperativos de la naturaleza humana como la necesidad de alimentos o el morir, encomendarse al *fatum* es míticamente supersticioso y ya reaccionario, aunque algo por el estilo es lo que reclaman los piadosos nostálgicos de la pérdida de lo sagrado, dándole a esta palabra un matiz que desconoce la todavía no descubierta reversibilidad del tiempo ni que las cicatrices de la historia son fácticamente indelebles, porque lo sagrado y sus poderes nunca debieron tolerar su (¿parcial?) derrota.

En cualquier caso, si hay culpa, nadie ni nadie les ajeno, sólo que la culpabilidad admite grados. Y aquí se confunden los poderes de la naturaleza, los políticos y administrativos, con los científicos y técnicos, la necesidad con el azar, lo natural con lo artificial, la deliberación con la fuerza

de las cosas, en una urdimbre donde adquieren relieve las líneas ejecutivas sobre las meramente discursivas y, aunque es una logomaquia desentrañar las interacciones de teoría y práctica, de pensamiento y acción, y ni siquiera se sabe qué fue primero, ni si instinto e intelecto nacieron a la par, no resulta tan difícil comprobar sus escandalosas faltas de correspondencia. ¿Acaso, por ejemplo, el «socialismo real» agota el marxismo o el «fin de la historia» liquida la ingente lucha de la teoría política? Sandeces. Sobrevuela la especie de que ni el mito ni las religiones monoteístas ni el arte ni la filosofía ni la ciencia ni la técnica han redimido a la humanidad. ¿Y por qué emplear este trasnochado y noble término de redención? ¿Y por qué la crueldad de las antinomias, esa condena de que nada es absoluto ni gratuito en la vida del hombre, salvo el propio universo que habita, y esto es así porque, invirtiendo los términos y tomando el universo como medida, en vez de tomar al hombre como medida, desaparecen los contrarios y el proceso dialéctico?

Se olvida frecuentemente que a los imbricados trastornos de la naturaleza y condición humanas no les afectan sólo las políticas sabias, el buen gobierno o las excelencias del arte y la belleza, sino que también se dejan influir y hasta determinar por otras supuestas razones más secretas e incontroladas entre las que se cuentan el problema de la inserción del individuo, particularizado y mortal, en la sociedad y en la historia eternizadas, el punto de vista subjetivo y el de la «opinión pública», las convenciones mediante las cuales se alcanza la «objetividad», las opiniones distintas que se tienen de lo «verdadero», la función real de la mentira, el compuesto íntimo de la ética, la libertad y las coacciones del medio hereditario y, en general, una naturaleza y condición humanas que se atiborran de mala conciencia, frustración, egoísmo, impunidad, principios de incertidumbre y exceden los presupuestos de una buena administración político-burocrática o estética.

Parodiando a Marx y su célebre frase de que los filósofos sólo han interpretado el mundo de diversas maneras y de lo que se trata es de cambiarlo, así ahora parece que, además de reinterpretar la condición humana, se trataría también de cambiarla, y a tales efectos el sesgo del neohumanismo, que no es escuela, metodología ni sistema establecidos, por supuesto, y sólo un talante, una consciencia y una posibilidad, se manifiesta en que si antes la mejor manera de análisis y eventual progreso a cargo de artistas, politólogos, economistas y filósofos era echar mano de la ciencia para fundamentar sus lucubraciones, ahora puede ser la ciencia la que eche mano de las citadas disciplinas, lo cual supondría un sutil cambio de estrategia en el orden de las prioridades y una transformación de dentro a afuera.